

Editorial

“La cabeza bien puesta Bases para una reforma educativa”

La información debe ser
dominada por el conocimiento, pero este debe ser
revisado por el pensamiento
y este último es el verdadero capital para
el individuo y para la sociedad.

Respetuosamente invitamos al Maestro Morin para que mediante una introducción a su nuevo libro, nos haga un prefacio a este SUPLEMENTO de UNI-PLURI/VERSIDAD que hemos dedicado al tema de la Enseñabilidad de la Metodología de la Investigación.

Lo que me propongo es compartir con los lectores mis selecciones iniciales de este nuevo libro de Edgar Morin, producido para América Latina por Ediciones Nueva Visión de Buenos Aires, 2001. Se trata de la traducción de Paula Mahler del original en Francés «La tete bien faite. Repenser la réformee. Reformer la pensée», publicado por Éditions du Seuil, 1999. La edición para América Latina se hizo bajo los auspicios del Ministerio de asuntos extranjeros de Francia y del Servicio Cultural de la embajada de Francia en la Argentina.

La primera publicación en Español la hizo Seix Barral S.A, Barcelona, 2000, bajo el título de «La mente bien ordenada» (título que, lógicamente, no fue del agrado del autor, pues no corresponde al sentido de la frase en Francés, ni al método de la complejidad). Para esta nueva edición, afortunadamente en formato más económico, aparece un nuevo subtítulo adicional de gran impacto y pertinencia para los movimientos educativos en América Latina: “BASES PARA UNA REFORMA EDUCATIVA” y justamente, en la invocación inicial el autor indica que el libro está dirigido a todos, docentes y alumnos, para que puedan hacerse cargo de su propia educación.

Edgar Morin indica, en su prólogo, que el proyecto original eran unas notas para un Emilio contemporáneo, guiadas por su convencimiento de que es necesario reformar el pensamiento y, por lo tanto, es necesario reformar la enseñanza. Indica el autor, además, que el libro está dedicado tanto a la educación como a la enseñanza y critica de paso la palabra formación ya que, por su connotación de «moldeado», ha olvidado que «la función principal de la didáctica es incentivar la autodidáctica» hasta el logro de la autonomía del pensamiento. La palabra enseñanza por su parte es restrictivamente cognitiva, pues es transmitir hasta que el alumno comprenda y asimile; por lo tanto, el autor anuncia que se deslizará entre estos términos, pues él está más interesado en una enseñanza educativa, ya que acepta que no es el saber, que transmite la enseñanza, lo que nos hace felices, sino la educación la que nos podría dar tal oportunidad.

En el primer capítulo, «LOS DESAFIOS», Morin empieza con sus ya conocidas aseveraciones sobre la disociación de los saberes, y la pluridisciplinariedad y multidimensionalidad de los problemas; y recuer-

da la necesidad de contextualizar hasta el contexto de los contextos, que es el contexto planetario. A través del enfoque reduccionista las soluciones contribuyen más al problema que al alivio de la situación; pues entre otras cosas, tales soluciones, además de conocimiento, han producido ignorancia y ceguera.

Conocimiento pertinente es «el que es capaz de situar toda información en su contexto ...el conocimiento progresa principalmente no por sofisticación, formalización y abstracción, sino por la capacidad para contextualizar y totalizar». Perdemos el conocimiento en la información, decía T.S. Elliot, justamente porque «el conocimiento sólo es conocimiento en tanto es organización, relación y contextualización de información».

El desafío cultural radica en resolver la gran división que ha llevado al mundo tecnicocientífico a considerar como un lujo estético la cultura de las humanidades, mientras que el mundo de las humanidades no ve en la ciencia más que un conglomerado de saberes abstractos o amenazadores. Por esta vía hemos llegado a «un déficit democrático creciente a causa de la apropiación de una cantidad cada vez mayor de problemas vitales por parte de los expertos, especialistas, técnicos...En estas condiciones el ciudadano pierde el derecho al conocimiento...(y esto) plantea el problema histórico capital de la necesidad de la democracia cognitiva»

En los capítulos dos y tres, «LA CABEZA BIEN PUESTA», y «LA CONDICIÓN HUMANA», Morin recuerda que fue Motaigne quien propuso que más vale una cabeza bien puesta que una cabeza repleta. Se define una cabeza bien puesta, como aquella que tiene «una aptitud general para plantear y analizar problemas y tiene principios organizadores que permitan vincular los saberes y darles sentido.»

El pleno empleo de la inteligencia requiere del libre ejercicio de la curiosidad que es la facultad más extendida y vivaz de la infancia y de la adolescencia, y «que con demasiada frecuencia la instrucción apaga», y ésto sólo lo puede corregir, no un currículo, sino «un fervor educador.»

Para desarrollar la inteligencia general se requiere del ejercicio del *ars cogitandi* que incluye la lógica, la deducción, la inducción, y el arte de la argumentación y la discusión. Con estos elementos se puede llegar a la serendipia, que la define el autor como «el arte de transformar los detalles aparentemente insignificantes en índices que permitan reconstruir una historia por completo.»

Las nuevas ciencias son ciencias poli o transdisciplinarias: la ecología, las ciencias de la tierra, la cosmología... En el caso de las ciencias cognitivas ¡es interesante que el objeto y el instrumento de conocimiento son la misma cosa! En cuanto a las ciencias de la vida, debemos recordar que la vida se diferencia de la fisicoquímica sólo por su organización, pero no por la materia y, en el mismo sentido, es cierto que por el nacimiento formamos parte de la aventura biológica, mientras que por la muerte participamos de la tragedia cósmica. En fin, el ser humano, nacido de esa aventura biológica es al mismo tiempo natural y sobrenatural: «La humanidad no se reduce de ninguna manera a la animalidad pero sin animalidad *no puede haber humanidad.*»

Nota: se trata de un librito de 140 páginas que tiene dos virtudes principales; primera, la de presentar un resumen que bien puede servir de iniciación o de consolidación al tema de la complejidad y, segunda, la de acercar el método de la complejidad a la Educación, asunto que magistralmente empezó a tratar el autor, en forma especial, en «Los siete saberes necesarios para la educación del futuro».

Que sirva este abre bocas para incitar al lector a continuar la lectura de los siguientes 6 capítulos y tres anexos que componen la obra. Igualmente, para todos aquellos que, de manera independiente de la edad y la condición, somos aprendices de investigadores, en esta obra tenemos un ejemplo de investigación crítica de nuestras ideas, imaginarios y preconceptos que requieren permanente construcción y reconstrucción.